

»hasta la muerte, porque ese es mi destino, como Israel
»contra Jehová.»

Nada queda de la definicion de Dios sino la negacion de la providencia; y hasta esa negacion desaparece con esta afirmacion contraria: «Y véase cómo caminamos á la ventura, conducidos por la Providencia, que nunca nos avisa sino cuando nos hiere.» (*Système des contradictions*, c. 3.)

Por lo expuesto se ve que Mr. Proudhon, recorriendo la escala de todas las contradicciones racionalistas, es ahora panteista, luego humanista, despues maniqueo; que cree en un Dios impersonal, y luego declara monstruosa y absurda la idea de un Dios, si el Dios ideado no es una persona; y por último, que afirma y niega la Providencia al mismo tiempo. En uno de nuestros capítulos anteriores vimos de qué manera, en la teoría maniquea de la rivalidad entre Dios y el hombre, el hombre proudhoniano era el representante del bien, y el Dios proudhoniano el representante del mal: ahora veremos de qué manera, segun el mismo Proudhon, todo este sistema viene al suelo.

En el capítulo 2 de la obra ya citada se expresa de esta manera: «La naturaleza ó la Divinidad ha desconfiado de nuestros corazones, y no ha creído en el amor del hombre por sus semejantes. Todos los descubrimientos de las ciencias acerca de los designios de la Providencia sobre las evoluciones sociales (sea dicho para vergüenza de la conciencia humana, y sépalo nuestra hipocresía) dan testimonio de una misantropía profunda por parte de Dios. Dios nos da ayuda, no por bondad, sino porque el orden constituye su esencia. Si procura el bien del mundo, no es porque le juzgue digno del bien, sino porque está obligado á ello por la religion de su suprema sabiduría. Y mientras que el vulgo le nombra con el tierno nombre de padre, ni el historiador, ni el economista filósofo encuentran motivo para creer en la posibilidad de que nos estime y nos ame.»

Con estas palabras viene á tierra el maniqueismo proudhoniano. El hombre no es el rival, sino el esclavo despreciado de Dios; no es el bien ni es el mal, es una criatura en que se agitan los instintos groseros y serviles que en los esclavos engendra la servidumbre: Dios es no sé qué conjunto de leyes severas, inflexibles y matemáticas; obra el bien sin ser bueno, y su misantropía atestigua que seria malo si pudiera. El dios proudhoniano muestra aquí un parentesco evidente con el *Fatum* de los antiguos. El fatalismo se descubre más claramente todavía en estas palabras: «Llegados á la segunda estacion de nuestro calvario, en vez de entregarnos á contemplaciones estériles, lo que nos conviene es poner un oído cada vez más atento á las enseñanzas del destino. La fianza de nuestra libertad está cabalmente en el progreso de nuestro suplicio.»

En pos del fatalista viene el ateo.—«¿Qué cosa es Dios? ¿En dónde está? ¿En cuántos dioses se multiplica? ¿Qué es lo que quiere? ¿Hasta dónde alcanza su poder? ¿Qué promesas nos hace? Y ved aquí que, cuando para descubrir todas estas cosas, tomamos en la mano la antorcha de la análisis, luego al punto todas las divinidades del cielo, de la tierra y de los infiernos se nos convierten en un no sé qué incorpóreo, impasible, inmóvil, incomprendible, indefinible, y para decirlo todo de una vez, en una negacion de todos los atributos de la existencia. En efecto, ahora ponga el hombre detrás de cada objeto un espíritu ó genio especial, ahora conciba el universo como gobernado por un poder único; en cualquiera de estas suposiciones no hace otra cosa sino afirmar la hipótesis de una entidad incondicional, es decir, imposible, para sacar de ella una explicacion medianamente satisfactoria de los fenómenos que no puede concebir de otra manera. ¡Misterio altísimo y profundísimo! Para hacer cada vez más racional el objeto de su idolatría, el creyente le va despojando sucesivamente de

»todo lo que podría constituir su realidad; y despues de es-
 »fuerzos prodigiosos de lógica y de ingenio, venimos á parar
 »en que los atributos del sér por excelencia van á confun-
 »dirse y á identificarse con los de la nada. Esta evolucion es
 »fatal é inevitable. El ateísmo está en el fondo de toda teo-
 »dicca.» (*Système des contradictions*: Prologue.)

Una vez llegado á esta conclusion suprema y á este
 abismo tenebroso, no parece sino que las furias entran en
 posesion del ateo. Las blasfemias hinchan su corazon, oprimen
 su garganta, queman sus labios, y cuando intenta le-
 vantárlas en pirámide, poniéndolas unas sobre otras, hasta
 el trono de Dios, ve con asombro que vencidas de su peso
 específico, en vez de subir con ligerísimas alas, caen pesa-
 das y groseras en el abismo, que es su centro. Su lengua
 no encuentra palabras que no sean sarcásticas ó desdeño-
 sas, ni vocablos que no sean torpes ó iracundos, ni arran-
 ques que no sean frenéticos. Su estilo es á un tiempo mismo
 impetuoso y sucio, elocuente sin aliño, y cínicamente gro-
 sero. Aquí exclama: «¿De qué sirve adorar este fantasma de
 »Divinidad? ¿Y qué es lo que exige de nosotros por medio
 »de esta comparsa de inspirados que nos persiguen en todas
 »partes con sermones?» (*Système des contradictions*, c. 3.) Y
 más allá deja caer estos vocablos cínicos: «En cuanto á Dios,
 »yo no le conozco. Dios tambien no es otra cosa sino puro
 »misticismo. Si quereis que os escuche, comenzad por supri-
 »mir esa palabra en vuestros discursos; porque por una ex-
 »periencia de tres mil años he llegado á convencerme de
 »que todo el que me habla de Dios, quiere robarme la liber-
 »tad ó la bolsa. ¿Cuánto me debes? ¿Cuánto te debo? Ved ahí
 »mi religion y mi Dios » (*Id.*, c. 6.) Llegado al parasismo
 de la rabia, prorumpe, en el capítulo 8, en las palabras si-
 guientes: «Esto digo: el primer deber del hombre intelligen-
 »te y libre es arrojar inmediatamente la idea de Dios de su
 »espíritu y de su conciencia; porque Dios, si existe, es esen-

»cialmente hostil á nuestra naturaleza, y no dependemos de
 »él para nada... ¿Con qué derecho me diria Dios todavía: sé
 »santo como yo soy santo? ¡Espíritu engañador! le respon-
 »deria yo, ¡Dios imbécil! tu reinado ha acabado ya: busca
 »otras víctimas entre los animales brutos: Yo sé que ni soy
 »ni puedo llegar á ser santo jamás; y en cuanto á tí, ¿cómo
 »lo has de ser tú, si tú y yo nos parecemos? Padre eterno,
 »Júpiter ó Jehová, como quiera que te llames, sabe de mí
 »que ya te conocemos. Eres, fuiste y serás perpétuamente
 »el rival de Adán, el tirano de Prometeo.» (c. 8.) Y más
 adelante en el mismo capítulo, apostrofando á la Divinidad
 que niega, la dice: «Triunfabas, y nadie se atrevia á con-
 »tradecirte, cuando despues de haber atormentado en su
 »cuerpo y en su alma al justo Job, figura de nuestra hu-
 »manidad, insultaste su piedad cándida y su ignorancia dis-
 »creta y respetuosa. Todos éramos como si fuéramos nada
 »en presencia de tu majestad invisible, á quien dábamos el
 »cielo por dosel y la tierra por peana. Tu nombre, en otro
 »tiempo compendio y suma de toda sabiduría, única sancion
 »del juez, sola fuerza del príncipe, esperanza del pobre, re-
 »fugio del pecador arrepentido; ese nombre incomunicable,
 »entregado ya á la execracion y al desprecio, será, desde
 »hoy más, vilipendiado de las gentes. Dios no es otra cosa
 »sino tontería y miedo, hipocresía y engaño, tiranía y mise-
 »ria. Dios es el mal. Mientras que la humanidad se incline
 »ante un altar, esclava de los reyes y de los sacerdotes, será
 »reprobada; mientras que un solo hombre reciba en nombre
 »de Dios el juramento de otro hombre, la sociedad estará
 »fundada en el perjurio, y la paz y el amor serán desterra-
 »dos de la tierra. Retírate, Jehová; porque de hoy más, cu-
 »rado del temor de Dios y habiendo alcanzado la verdadera
 »sabiduría, estoy pronto á jurar, con la mano levantada há-
 »cia el cielo, que no eres sino el verdugo de mi razon y el
 »espectro de mi conciencia.»

Él es el que lo ha dicho: *Dios es el espectro de su conciencia*; ninguno puede negar á Dios sin condenarse á sí propio; ninguno puede huir de Dios sin huir de sí mismo. Ese desventurado, sin salir de la tierra, está ya en el infierno; esas contracciones musculares, violentas é impotentes, ese frenesí cínico, esa rabia insensata, esas iras arrebatadas y tempestuosas son las contracciones, y el frenesí, y la rabia y las iras de los réprobos. Sin caridad y sin fé ha perdido hasta el último bien del hombre: ¡la esperanza! Y sin embargo, alguna vez, al hablar del Catolicismo, siente en sí, sin saberlo, su influencia serena y santificante; entonces sucede que cesa como por encanto su martirio, una brisa mansa y refrigerante venida del cielo toca su rostro, enjuga su sudor y suspende el acceso de sus convulsiones epilépticas. Entonces deja caer blandamente estas palabras. — «¡Ah, cuánto más prudente se ha mostrado el Catolicismo, y cuánto ventaja os ha sacado á todos, sansimonianos, republicanos, universitarios, economistas, en el conocimiento de la sociedad y del hombre! El sacerdote sabe que nuestra vida no es sino una peregrinacion, y que toda perfeccion cumplida nos es negada en este mundo; y porque sabe esto, se contenta con preluir en la tierra una educacion que solo puede acabarse en el cielo. Por su parte, el hombre que ha ido creciendo bajo los auspicios de la Religion, satisfecho con saber, hacer y obtener lo que basta para la vida del tiempo, no será nunca un obstáculo para las potestades de la tierra: antes preferiria él el martirio. ¡Oh Religion amada! ¿Por cuál extravío inconcebible de razon sucede que los que más te necesitan, esos son cabalmente los que más te desconocen?» (*Système des contradictions*, c. 3.)

Antes hablé, como de corrida, de la fama de consecuente de M. Proudhon; ahora me parece no sólo conveniente, sino tambien necesario, decir algo más sobre asunto que es mucho más grave y mucho más trascendental de lo que á

primera vista parece. Lo de la fama es un hecho público y notorio, y por lo mismo evidente. Y sin embargo, ese hecho es de todo punto inexplicable, si se considera que M. Proudhon ha adoptado unos despues de otros, todos los sistemas relativos á la Divinidad, y que entre los socialistas no hay ninguno tan lleno de contradicciones: de donde resulta que la fama de consecuente es un hecho contradictorio del hecho que la motiva. ¿Por qué caminos subterráneos, por qué encañamiento de deducciones sutiles y escabrosas, partiendo del hecho notorio de las contradicciones proudhonianas, ha ido el mundo á parar en llamar á esas contradicciones cabalmente con el nombre que las contradice, es decir, con el nombre de consecuencia? Aquí hay un gran problema que debe ser resuelto, y un gran misterio que debe ser esclarecido.

La solucion de ese problema y el esclarecimiento de ese misterio, están en que en las teorías de M. Proudhon hay á un tiempo mismo contradiccion y consecuencia: la segunda real, y la primera aparente. Si se examinan unos despues de otros los fragmentos que acabo de trascribir, y si se les considera en sí mismos sin poner la vista más alta, cada uno de ellos es la contradiccion del que le antecede y del que le sigue, y todos ellos son entre sí contradictorios; pero si se ponen los ojos en la teoría racionalista, en donde todas las demás tienen su origen, se echa de ver que el racionalismo, entre todos los pecados el más semejante al pecado original, es como él un error actual, y todos los errores en potencia; y por consiguiente, que con su anchísima unidad comprende y abarca todos los errores, á los cuales no obsta, para estar unidos en él, el ser entre sí contradictorios; como quiera que hasta las contradicciones son susceptibles de cierta manera de paz y de cierta manera de union, cuando hay una suprema contradiccion que las envuelve á todas. En el caso en cuestion, el racionalismo es esa contradiccion que resuel-

ve todas las otras contradicciones en su unidad suprema. En efecto, el racionalismo es á un tiempo mismo deísmo , panteísmo, humanismo, maniqueísmo, fatalismo , escepticismo, ateísmo; y entre los racionalistas, el más racionalista y el más consecuente de todos es aquel que es á un mismo tiempo deísta, panteísta, humanista, maniqueo, fatalista , escéptico y ateo.

Estas consideraciones que sirven para explicar los dos hechos de que hicimos mérito arriba , en apariencia contradictorios, explican también satisfactoriamente, por qué en vez de exponer uno por uno los varios sistemas de los doctores socialistas acerca de la Divinidad, hemos preferido considerarlos todos en los escritos de M. Proudhon, en donde pueden verse á un tiempo mismo en su variedad y en su conjunto.

Visto lo que los socialistas piensan de la Divinidad , nos falta ver lo que piensan del hombre , y de qué manera resuelven el temeroso problema del mal y del bien , considerado en general, que es el asunto de este libro.

CAPITULO X.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO : CONCLUSION DE ESTE LIBRO

Ningun hombre ha habido tan insensato que se haya atrevido á negar el bien ó el mal, y su coexistencia en la historia. Los filósofos disputan sobre el modo y la forma en que existen y coexisten; todos empero afirman á una voz su existencia y su coexistencia como una cosa averiguada; todos convienen igualmente en que en la contienda suscitada entre el bien y el mal, el primero ha de alcanzar sobre el segundo una victoria definitiva. Dejando estos puntos como inconcusos y asentados, en todo lo demás hay diversidad de pareceres, contradicción de sistemas y contiendas inacabables.

La escuela liberal tiene por cierto que no hay otro mal sino el que está en las instituciones políticas que hemos heredado de los tiempos, y que el supremo bien consiste en echar por el suelo esas instituciones. Los más de los socialistas tienen por averiguado que no hay otro mal sino el que está en la sociedad, y que el gran remedio está en el completo trastorno de las instituciones sociales. Todos convienen en que el mal nos viene de los tiempos pasados: los liberales afirman que el bien puede realizarse ya en los tiempos pre-